

Cultura y educación

Luis Estrada

Para los mexicanos, como para otros pueblos, la cultura es nuestro modo de ser, tanto individual como colectivo. Así pues la cultura es el resultado de un esfuerzo conjunto y continuado que los grupos humanos hacen y que los hace, con la característica adicional de que está siempre en obra. La cultura es un producto; es histórica, selectiva y aprendida. Aunque el género humano tiende cada día más a un mismo modo de vivir y su entendimiento del mundo se torna común, los mexicanos tenemos una forma de vida propia y una manera particular de ver a nuestro alrededor. Así podemos calificar de mexicano a nuestra comida y organización social, a nuestra educación y manifestaciones artísticas y a nuestro sentido de la vida y concepción del mundo. Sin embargo es imposible dejar de reconocer que nuestra cultura dista mucho de ser común y que las diferencias existentes en los distintos sectores de nuestra sociedad revelan más que una rica diversidad, un indebido y peligroso desequilibrio. Por otro lado, es también preocupante la debilidad manifiesta de nuestra tradición cultural frente a su creciente e inevitable confrontación con las formas culturales que llegan del extranjero.

Las sociedades humanas mantienen y propagan su cultura mediante la educación. Esta es una labor permanente que realiza la comunidad entera y cubre todos los aspectos y momentos de la vida humana. Sin embargo en nuestro medio la labor educativa es más reconocida cuando se enfoca hacia los infantes por lo que todos coincidimos en que educar es enseñar a los niños a usar los inodoros y a comer ayudándose de cubiertos. También es normal dar un mayor reconocimiento a la educación cuando se trata de inculcar buenas maneras para ejercer un civilizado comportamiento social. Muchos añadimos a la educación el fomento del gusto por las bellas artes, la admiración por la inteligencia y la creatividad humanas y el desarrollo de una sensibilidad por la perfección de la obra del hombre. Empero ahora descuella un entendimiento más de la educación: el aprendizaje de lo práctico, esto es, el adiestramiento para la vida productiva. Es claro e indiscutible que esto también es importante para el mantenimiento y la propagación de la cultura de una sociedad y no es éste el momento para juzgar esa tendencia educativa, pues quiero señalar un punto que, como el bosque del repetido dicho, queda a menudo oculto por esos árboles en boga, dominantes en las discusiones actuales relativas. El punto que me interesa se refiere a lo que vaga e imprecisamente denominamos la calidad de la vida.

Es acuerdo tácito y común que la educación es tarea de todos. Sin embargo en nuestro medio la práctica muestra que las primeras etapas educativas se consideran un asunto de la madre y las siguientes de la escuela. Los demás, cuando intervenimos, nos reservamos la “parte importante”, esto es, la formación especializada, o la “exquisita”, la llamada educación cultural. Por lo que se refiere al punto que señalé, la calidad de vida, quizá sólo la primera, la educación maternal, considera la posibilidad de un vivir de mejor manera. En las demás el criterio básico, que quiero suponer procede de un fondo inconsciente, es lo útil y lo necesario y cuando se incluye lo cultural sólo se añade como un adorno o, más favorablemente, como lo indispensable para ser reconocido como un hombre bien educado. En síntesis, hoy en día buscar vivir mejor se reduce a lograr un mayor estatus y a alcanzar un mejor nivel económico, aunque ya hay que agregar la seguridad de una protección frente a un medio hostil cada vez más peligroso. Empero hay dudas, más punzantes cada día, acerca de la vida que llevamos; ¿tiene ella la calidad que podríamos esperar de un progreso humano del que aparentemente nos enorgullecemos? ¿estamos razonablemente satisfechos, en especial en nuestro sentimiento personal, de la vida que ahora llevamos? ¿tenemos alguna idea referente al sentido de la vida que nos permita una buena comprensión de lo que está sucediendo? Cualquier intento de respuesta a estas preguntas nos despierta, por un lado, la consideración del egoísmo y el hedonismo, los cuales nuestras tradiciones condenan, y, por el otro, la preocupante toma de consciencia de nuestra dependencia del medio en que vivimos, tanto natural cuanto social, dependencia que aún no acabamos de entender y menos de aceptar.

Tomaré unos momentos para reflexionar acerca del tema que nos reúne: las ciudades. En nuestra vida, en especial la cotidiana, éstas son la extensión de nuestro hogar. En ellas convivimos con nuestros vecinos y congéneres, particularmente con los amigos. Las reuniones en los cafés y en los bares, así como los juegos infantiles en los parques son ejemplos que recordamos ya con nostalgia pues esta convivencia está desapareciendo, aunque haya muchos pretextos para justificarla como pueden ser la falta de tiempo, la inseguridad, las nuevas costumbres, etc. Reducir nuestra vida al “espacio virtual” que nos brinda ahora la televisión y la internet ¿es una mejoría de la calidad de vida? ¿Sustituir el tradicional paisaje urbano por los grandes anuncios, los llamados “espectaculares” mejora las ciudades? ¿Andar sólo en caminadoras eléctricas e ir en automóvil de un lugar a otro, aunque éstos sean distantes, es un mejor modo de vivir? Por lo que se refiere a nuestros visitantes, digamos los turistas, sólo preguntaré si las ciudades ¿únicamente son espacios para ofrecerles otros museos y grandes centros comerciales –“malls” como se dice

ahora? Es indudable que la aceptación, aunque sea implícita, de estas formas de vida son parte de la nueva educación y que contribuyen a conformar la cultura del siglo que se inicia.

He dicho cosas de todos conocidas y lo he hecho de una manera muy esbozada y exagerada, por lo que no dudaría que mis palabras pudieran interpretarse como una caricatura costeadada por criticones o catastrofistas. No quiero justificarme ni componer lo dicho. Lo he hecho así por mi profunda convicción de que nuestro país vive un momento en el que nuestra cultura peligra enormemente. Nuestro futuro es incierto porque no sabemos lo que es vivir mejor. Lo que tradicionalmente hemos aceptado no nos es ya convincente y nos resulta insatisfactorio. Por otra parte, las propuestas extranjeras más difundidas tampoco parecen ofrecer algo mejor. Nuestra crisis cultural se debe, principalmente, a que carecemos de elementos eficaces para mantenerla y que poco podemos hacer para propagarla. Las pocas razones que damos para cimentar el esfuerzo tendiente a mejorar la calidad de la vida producen más dudas que buenos motivos para hacerlo. En síntesis estamos fallando en nuestra labor educativa. Es claro que este problema rebasa en mucho a este discurso y a los que aquí estamos reunidos. Empero hay que recordar nuevamente que nadie puede eximirse de colaborar en la labor educativa y que las actividades consideradas de difusión cultural constituyen una parte cada vez más importante para reforzar esa tarea. Lo urgente e imperativo es definir el sentido que la educación y la difusión cultural tienen en la actualidad y aceptar un compromiso para realizarlas en forma congruente con tal definición. Este es el reto que quiero señalar aquí, así como reiterar que somos los mexicanos, apoyados en nuestras instituciones, quienes tenemos la palabra para proponer soluciones.